

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIX

Mayo de 1942

Núm. 203

Puntos de vista

El discurso de Lastarria

El discurso pronunciado por Lastarria en la inauguración de la Sociedad Literaria el 3 de Mayo de 1842, tuvo una gran resonancia y un largo dominio sobre el pensamiento nacional. Este dominio continúa porque no han sido modificadas aquellas ideas ni se ha desvirtuado el fondo de las enseñanzas que Lastarria dió a la juventud de 1842.

El centenario de esa fecha ha sido celebrado por los organismos intelectuales chilenos con diversos actos recordatorios y se ha puesto de relieve la trascendencia de aquel discurso que puede decirse fué el primer grito de independencia espiritual que se escuchó en esta parte del continente.

Señalando la importancia del acto que se realizaba en aquel día de mayo de 1842, es decir un siglo atrás, decía Lastarria a los componentes de la generación del 42 y a los innumerables jóvenes que asistieron a la inauguración de la Sociedad:

«Pues bien, habéis comprendido esta necesidad, vosotros que sin guía, sin amparo, sacándolo todo de vuestro solo valor, os congregáis para ilustraros e ilustrar con vuestros trabajos; vosotros que, me parece, habéis dicho en Chile a los hombres de luces que eso debían haber practicado tiempo ha: reunirse para comunicarse y ordenar un plan de ataque contra los vicios sociales, a fin de hacerse dignos de la independencia que a costa de su sangre nos legaron los héroes de 1810; reunirse en torno de esa democracia que

milagrosamente vemos entronizada entre nosotros, pero en un trono cuya base carcomida por la ignorancia, se cimbra al más ligero soplo de las pasiones, y casi se desploma, llevando en su ruina nuestras más caras esperanzas. Os doy el parabién, Señores, y muy sinceramente me glorío de ser vuestro compañero, porque habéis acertado en asociaros para satisfacer una necesidad social. Vosotros tenéis mis ideas y convenís conmigo en que nada será Chile, la América toda, sin las luces. Me llamáis para que os ayude en vuestras tareas literarias, pero yo quisiera convidaros antes a discurrir acerca de lo que es entre nosotros la literatura, acerca de los modelos que hemos de proponernos para cultivarla, y también sobre el rumbo que debemos hacerle seguir para que sea provechosa al pueblo. Porque Señores, no debemos pensar sólo en nosotros mismos, quédese el egoísmo para esos hombres menguados que todo lo sacrifican a sus pasiones y preocupaciones: nosotros debemos pensar en sacrificarnos por la utilidad de la patria. Hemos tenido la fortuna de recibir una mediana ilustración; pues bien, sirvamos al pueblo, alumbrémosle en su marcha social para que nuestros hijos le vean un día feliz, libre y poderoso.

Se dice que la literatura es la expresión de la sociedad, porque en efecto es el resorte que revela de una manera la más explícita las necesidades morales e intelectuales de los pueblos, es el cuadro en que están consignadas las ideas y pasiones, los gustos y opiniones, la religión y las preocupaciones de toda una generación. Forman el teatro en que la literatura despliega sus brillantes galas, la cátedra desde donde anuncia el ministro sagrado las verdades civilizadoras de nuestra divina religión y las conminaciones y promesas del Omnipotente; la tribuna en que defiende el sacerdote del pueblo los fueros de la libertad y los dictados de la utilidad general; el asiento augusto del defensor de cuanto hay de estimable en la vida, el honor, la persona, las propiedades y la condición del ciudadano; la prensa periódica que ha llegado a hacerse el agente más activo del movimiento de la inteligencia, la salvaguardia de los derechos sociales, el azote poderoso que arrolla a los tiranos y los

confunde en su ignorancia. La literatura, en fin, comprende entre sus cuantiosos materiales, las concepciones elevadoras del filósofo y del jurista, las verdades irrecusables del matemático y del historiador, los desahogos de la correspondencia familiar, y los raptos, los éxtasis deliciosos del poeta.

La generación del 42 constituyó pues una fuerza ideal y rebelde dentro de la omnipotencia de los gobiernos autoritarios que manejaban la vida del país, a raíz de la dictadura de Portales. Disciplinó la vida política puesto que dió flexibilidad a las dos doctrinas e impulsó con su crítica y con su ímpetu de combate el progreso nacional señalando la importancia que la educación liberal debía tener para la juventud. Combatió esa generación, contra la herencia colonial, contra el espíritu sin vuelo que arrastraba a flor de tierra sus anillos de plomo y aspiraba a perpetuar por el orden sin rebeldías y sin crítica el mismo silencio de las almas que había sido el fondo de la mentalidad del coloniaje. De suerte que la generación del 42 precursora de todos los movimientos libres y humanos que se han sucedido en nuestro país a lo largo de un siglo, se ponía frente a la vieja estructura social y jurídica para cerrarle el paso y para dar amplitud y soltura y flexibilidad a las ideas nuevas y a los ímpetus sociales de regeneración.

Lastarria insistía en otra parte de su discurso acerca del deber que correspondía a la juventud, la incitaba a luchar, a ser consecuente con sus ideales y expresaba:

«No perdáis jamás de vista que nuestros progresos futuros depende enteramente del giro que demos a nuestros conocimientos en su punto de partida. Este es el momento crítico para nosotros. Tenemos un deseo, muy natural en los pueblos nuevos, ardiente, que nos arrastra y nos alucina; tal es el de sobresalir, el de progresar en la civilización, y de merecer un lugar al lado de esos antiguos emporios de las ciencias y de las artes, de esas naciones envejecidas en la experiencia, que levantan orgullosas sus cabezas en medio de la civilización europea. Mas no nos apresuremos a satisfacerlo. Tenemos mil arbitrios para ello; pero el que se nos ofrece más a

mano es el de la imitación, que también es el más peligroso para un pueblo, cuando se ciega y arrebatada, cuando no se toma con juicio lo que es adaptable a las modificaciones de su nacionalidad. Tal vez ésta es una de las causas capitales de las calamitosas disidencias que han detenido nuestra marcha social, derramando torrentes de lágrimas y de sangre en el suelo hermoso y virginal de la América española. ¡Ah Señores, que penoso es para las almas jóvenes no poderlo crear todo en un momento! Pero los grandes bienes sociales no se consiguen sino a fuerza de ensayos. Bien pueden ser ineficaces para conseguir nuestra felicidad los instrumentos que poseemos, pero su reforma no puede ser súbita; resignémonos al pausado curso de la severa experiencia, y día vendrá en que los chilenos tengan una sociedad que forme su ventura, y en que estén incrustadas fuertemente las raíces de la religión y de las leyes, de la democracia y de la literatura. A nosotros está encargado esta obra interesante, y es preciso someterla a nuestros alcances».

La significación de esta generación es grande en la historia de nuestro desarrollo intelectual. Es quizá el movimiento de hombres más interesante que ha sacudido en Chile el espesor de la tradición cerrada y es por eso que su conducta como estilo y como dignidad fué combatida con singular encono en los guías que como Lastarria tomaron sobre sus hombres la responsabilidad de conducirla hacia el logro de las aspiraciones. ¿Cuáles eran éstas?

Dar a Chile una conciencia intelectual libre, una potencia humana de vigor en la crítica de las costumbres y en la crítica de las ideas, un gran respeto por la educación, una fuerza inalterable en la defensa de la ley y un orden flexible y no simplemente autoritario en las instituciones democráticas.

Refiriéndose a la formación de una literatura propia, agrega a Lastarria estos conceptos que han sido los más seguros guías en el desarrollo de la creación artística y en la expresión de las ideas y que han señalado en América uno de los más hondos y firmes programas de acción intelectual:

«No, Señores, fuerza es que seamos originales; tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad. Me preguntaréis qué pretendo decir con esto, y os responderé con el atinado escrito que acabo de citaros, que la nacionalidad de una literatura consiste en que tenga una vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor mientras sea más popular. Es preciso que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho, porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutilezas. Al contrario debe hacer hablar todos los sentimientos de la naturaleza humana y reflejar todas las afecciones de la multitud, que en definitiva, es el mejor juez, no de los procedimientos del arte, pero si de sus efectos».

.....

«Seguid estos preceptos, que son los del progreso y los únicos que pueden encaminaros a la meta de nuestras aspiraciones.

No hay sobre la tierra pueblos que tengan como los americanos una necesidad más imperiosa de ser originales en la literatura, porque todas sus modificaciones les son peculiares y nada tienen de común con las que constituyen la originalidad del Viejo Mundo. La naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece virgen; todavía no ha sido interrogada; aguarda que el genio de sus hijos explote los veneros inagotables de belleza con que le brindan. ¡Qué de recursos ofrecen a vuestra dedicación las necesidades y sociales morales de nuestros pueblos, sus preocupaciones, sus costumbres y sus sentimientos! Su ilustración tan sólo os presenta materiales tan abundosos que bastarían a ocupar la vida de una generación entera; ahora nuestra religión, Señores, contiene cada página de sus

libros sagrados un tesoro capaz de llenar vuestra ambición. Principiad, pues, a sacar el provecho de tan pingües riquezas, a llenar vuestra misión, de utilidad y de progreso; escribid para el pueblo ilustrado, combatiendo sus vicios y fomentando sus virtudes, recordándole sus hechos heroicos acostumbrándole a venerar su religión y sus instituciones; así estrecharéis los vínculos que lo ligan, le haréis amar a su patria y lo acostumbraréis a mirar, siempre unida, su libertad y su existencia social. Este es el único camino que debéis seguir para consumir la grande obra de hacer nuestra literatura nacional útil y progresiva».

Tal es el sentido de esa Generación y tal el sentido de ese discurso de Lastarria que ha sido celebrado en su centenario por los organismos intelectuales de Chile y que nuestra revista ha querido conmemorar en este número en el cual hemos aspirado a presentar los puntos más salientes y más fundamentales de aquel trascendental suceso intelectual.